

## DESMOND FENNEL Y LA HIPÓTESIS DE UN CATOLICISMO OCEÁNICO

Rafael Escobedo

Fue de la mano de Agustín González Enciso y, por supuesto, de la mano también del primero de entre sus discípulos, de mi maestro y tocayo Rafael Torres Sánchez, con quienes di mis primeros pasos en la carrera investigadora. Eran aquellos años de cambio de siglo un momento dulce del Grupo de Historia Financiera, del que forme parte junto con otros alumnos de doctorado, como Conchita Hernández Escayola, Santi Aquerreta, Victoria Martínez del Cerro o nuestra inolvidable compañera Elena Alcorta, que tan prematuramente nos dejó hace unos meses. De este modo, sin fumarme un pitillo, dediqué cinco años de mi vida al monopolio fiscal del tabaco en el siglo XVIII. Me hubiera gustado, por lo tanto, haber podido contribuir a este merecido homenaje con algo de investigación tabaquera o, por lo menos, del mundo de las finanzas del dieciocho, pero desde hace algunos años ya, Clío me ha apartado del setecientos para atraparme en el cambalache problemático y febril del siglo XX. Nuestros caminos, pues, divergieron, aunque no nuestra amistad, favorecida por la continuada vecindad que trae el compañerismo de una misma Universidad y, en los últimos tiempos también, de una misma Facultad y Departamento. Mi contribución, por lo tanto, ya no discurrirá por entre las cuentas de arrendatarios y asentistas, ni entre memoriales de burócratas o pillerías de contrabandistas. Ahora no nos fijaremos ya más en los barcos que cruzaban el Atlántico, cargados con ese tabaco americano que alimentaba, como aseguraba el navarro Uztáriz, la renta hacendística «mas útil, y segura que tiene su Magestad»<sup>1</sup>. Por el contrario, el océano se convertirá en las siguientes páginas en el pretexto para una interesante hipótesis acerca de la naturaleza histórica del catolicismo durante la contemporaneidad. El viraje temático no podría resultar por lo tanto más drástico, pero resulta fascinante –o por lo menos divertido– comprobar cuánto de la historia de nuestro mundo se fue forjando por medio de las singladuras de la mar Océana, ya con mercancías que forjaron el capitalismo y los Estados europeos modernos, ya con los emigrantes europeos que acrisolaron el Nuevo Mundo con sus diversas tradiciones culturales.

### **El catolicismo estadounidense: la herencia irlandesa y la cultura de la libertad**

Uno de estos flujos migratorios, el de los irlandeses en Estados Unidos, resultó no solo extraordinariamente copioso en cuanto a los números, sino además uno de los culturalmente más significativos. Especialmente a partir de la catastrófica hambruna de la patata, en los años centrales del siglo XIX, la migración irlandesa se convirtió en una avalancha humana verdaderamente masiva. Hasta entonces, el patrón migratorio más típico en Norteamérica había sido el del granjero protestante. Así lo seguiría siendo durante bastante tiempo, pero los irlandeses representaban una pauta completamente distinta. Ya no se asentaron tanto en el campo como en las cada vez mayores ciudades industriales de la costa nordeste y de los Grandes Lagos. Su religión, además, era el catolicismo romano, hasta entonces muy minoritario en la América de habla inglesa. La masiva llegada de los irlandeses, a la que se unirían pronto gentes de las más variadas procedencias, cambió decisivamente el paisaje humano de la floreciente república americana y, con él, también la historia misma de los Estados Unidos. La especificidad cultural que presentaba el catolicismo irlandés fue, además, uno de los dos grandes elementos que configuró la personalidad histórica del catolicismo estadounidense en

---

<sup>1</sup> Uztáriz, G. de, 1742, *Theorica, y practica de comercio y de marina*, Madrid: Imprenta de Antonio Sanz, p. 367.

su conjunto. Qué duda cabe de que los católicos en Estados Unidos tendrían en lo sucesivo muchas y diversas procedencias étnicas, más allá de la irlandesa. De este modo, durante el siglo XIX, desembarcarían también millones de católicos italianos, alemanes, polacos y de otros lugares de Europa, por no hablar del principal de los flujos durante el siglo XX, el proveniente de Hispanoamérica. Sin embargo, el predominio irlandés en el catolicismo norteamericano fue históricamente mucho más allá de los meros números, con una presencia proporcionalmente mayor entre las filas del clero, especialmente de los obispos<sup>2</sup>.

El otro de los elementos que configuraron el catolicismo norteamericano, sin duda todavía más importante, fue la libertad religiosa. Desde su mismo nacimiento como república independiente, los Estados Unidos establecieron el principio constitucional de la libertad religiosa y la separación Iglesia-Estado. Esta idea de la libertad religiosa sería enarbolada también poco después por otra revolución, la francesa, y tras ella por todas las revoluciones liberales del ochocientos. Pero, contrariamente a las amargas experiencias que para la Iglesia en Europa o en América Latina significaron las libertades modernas, para los católicos estadounidenses constituyeron éstas el marco más propicio para una exuberante historia de florecimiento y prosperidad. Y es que, bien al contrario que en países como Francia, Italia, México o España, la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado no fue nunca un arma contra una religión en particular. Esta disímil relación con las modernas libertades contribuyó a que la cultura política de los católicos estadounidenses fuese también sustancialmente distinta de la existente en aquellos países de mayoría católica, pero con crudos conflictos internos acerca de la religión.

En este sentido, un país como España, y más específicamente la España del siglo XX, constituía el ejemplo seguramente más extremo de esa atormentada realidad. El mundo había podido contemplar con horror cómo, en el contexto de la guerra civil, se desencadenaba en la retaguardia de uno de los bandos una persecución religiosa con características de verdadero genocidio. Ningún otro anticlericalismo había puesto en marcha antes un exterminio tan sistemático y deliberado del clero católico. El otro bando en cambio hizo de la religión el principal de los elementos legitimadores y movilizadores de un conflicto civil al que, muy significativamente, elevó a la consideración de Cruzada. Los sublevados del 18 de julio prevalecieron al fin, y el régimen del general Franco se caracterizó, entre otras cosas, por una completa, intensa y extensa restauración del régimen de Cristiandad. España, pues, había pasado en pocos años de una república laica y anticlerical a una dictadura con ribetes teocráticos. Estos agudos contrastes estimulaban sin duda la reflexión sobre la naturaleza de la atribulada historia de España, pero también planteaban preguntas acerca de la religión católica, de su relación con el mundo moderno, de su compatibilidad con los grandes principios de la democracia, la libertad y los derechos humanos, con los que las naciones occidentales se sentían particularmente comprometidos después de los años terribles de los fascismos y las guerras mundiales.

Sin un verdadero sobreesfuerzo de empatía y honestidad intelectual, para el observador protestante medio —y todavía más para una mentalidad secularizada— no merecía la pena tratar de comprender las problemáticas relaciones de religión y cultura que se suscitaban alrededor del catolicismo. Estos fenómenos no debían causar ninguna sorpresa cuando estábamos hablando de una religión que representaba la quintaesencia de la intransigencia y de lo retrógrado. Más específicamente, en materia de libertad religiosa y de confesionalidad del Estado, el régimen español no parecía ser sino una aplicación exacta y fiel de lo que se venía diciendo desde Roma durante más de un siglo. De este modo, la especificidad cultural española se revelaba como la más genuina faz del catolicismo. Desde luego, los propios católicos españoles no podrían estar más de acuerdo con esta percepción. Para los católicos estadounidenses, sin embargo, las cosas no estaban tan claras. No estaban en absoluto convencidos de que su religión estuviese indefectiblemente vinculada a determinadas concepciones políticas y culturales de carácter tradicionalista y autoritario. Esta inquietud de los católicos de Estados Unidos no había surgido en el siglo XX, tenía raíces más profundas. Los obispos norteamericanos habían respaldado de manera frecuente y desde tiempos bastante antiguos los principios constitucionales estadounidenses. Ya en 1825, el obispo de Charleston John England exclamaba:

<sup>2</sup> Dolan, J. P., 1992, *The American Catholic Experience: A History from Colonial Times to Present*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, pp. 143-144.

«¡Preserve Dios durante muchos años las libertades de América de la unión de cualquier iglesia con cualquier estado», y apoyaba la separación «en cualquier país, con cualquier religión». En los años cuarenta de ese mismo siglo, John Hughes, de Nueva York, hablaba de la Primera Enmienda —en la que se recogen estos principios— como «la más sabia» de la Constitución. El cardenal Gibbons afirmaba en 1909 —igual que lo había hecho en 1887 en un famoso sermón en Roma— que los católicos estadounidenses «se regocijan en nuestra separación de Iglesia y Estado; y no puedo concebir ninguna combinación plausible de circunstancias que hicieran una unión deseable tanto para la Iglesia como para el Estado»<sup>3</sup>. En parecidos términos se expresaría en 1948 el presidente del episcopado norteamericano John McNicholas: «Negamos absolutamente y sin ninguna reserva que los obispos católicos de los Estados Unidos estemos buscando una unión de Iglesia y Estado por ninguna clase de medio, ya sea próximo o remoto»<sup>4</sup>.

Para muchos estadounidenses no católicos, estas protestaciones de libertad que hacían sus conciudadanos católicos resultaban insinceras. Sospechaban que en realidad se trataba de una postura meramente táctica, útil mientras los católicos siguiesen siendo una minoría. Un editorial de la revista protestante *The Christian Century* sostenía esta acusación en los términos más crudos: «la posición de la Iglesia en los países democráticos donde es minoría es usar la tolerancia mutua, la igualdad ante la ley de todos los grupos religiosos, y la separación de la Iglesia y del Estado y la libertad religiosa para los individuos para establecer su propio objetivo. ¿Y cuál es su objetivo? Honrar a Cristo ganando para la Iglesia un control autoritario que suprima la tolerancia, haga de la Iglesia católica romana la legalmente suprema, rompa el muro de separación entre la Iglesia y el Estado y suprima la libertad religiosa del individuo, reservando esta libertad solo para la Iglesia católica romana. Dicho de forma más simple, la Iglesia reclama el derecho de usar la libertad para derribar a la libertad»<sup>5</sup>. Las tendencias demográficas que mostraban un mayor crecimiento de los católicos en Estados Unidos contribuían a alimentar estos temores entre muchos sectores de la opinión pública.

Por supuesto, esta percepción que experimentaban sus compatriotas era motivo de inquietud para los católicos, especialmente para los pastores, los teólogos y los líderes de opinión. Se trataba sin embargo de una preocupación de más largo alcance, que iba más allá de la inquietud acerca de la imagen que la Iglesia pudiera estar proyectando sobre la sociedad norteamericana en su conjunto. Los católicos estadounidenses realmente apreciaban y estimaban como propios los principios constitucionales de libertad religiosa y de aconfesionalidad estatal. Pero esa poderosa intuición se enfrentaba a dos formidables desafíos. El primero y fundamental eran las enseñanzas mismas de la Iglesia, tal como habían sido formuladas por los papas, sobre todo durante el siglo XIX. No resulta casual por lo tanto el protagonismo que tendrían los padres conciliares estadounidenses en la redacción de la *Dignitatis humanae*, la declaración sobre libertad religiosa del Vaticano II. Dirigiremos nuestra atención sin embargo hacia el segundo de los desafíos, que estaba, en realidad, íntimamente relacionado también con el anterior: las características que históricamente han presentado las sociedades culturalmente determinadas por el catolicismo.

### Desmond Fennell, el viajero católico

Cuando el 26 de marzo de 1955, la revista jesuita *America* publicó el artículo titulado «Continental and Oceanic Catholicism» —del que más extensamente nos ocuparemos un poco más adelante—, su autor, un joven irlandés de 26 años, era tan desconocido en todas partes como lo sigue siendo hoy en España. Desmond Fennell llegaría a ser, sin embargo, uno de los escritores más destacados del panorama cultural irlandés durante los años sesenta a ochenta del pasado siglo y «uno de los pensadores más creativos de Irlanda»<sup>6</sup>. Lo cierto es que cuando Fennell envió su contribución al semanario neoyorkino, ni siquiera sus ocupaciones profesionales eran todavía el periodismo y la

<sup>3</sup> Ellis, J. T., 1953, «Church and state. An American Catholic tradition», *Harper's*, noviembre. Todas las citas en español de fuentes en inglés son traducciones propias.

<sup>4</sup> *The New York Times*, 1948, «Denies Catholics Oppose Separation», 26 de enero.

<sup>5</sup> *The Christian Century*, 1953, «Exceptionable Intolerance», 12 de agosto.

<sup>6</sup> Quinn, T. (ed.), 2001, *Desmond Fennell: His Life and Work*, Dublín: Veritas, contaportada.

ensayística que le darían fama y a los que se dedicaría durante casi toda su vida. Por aquella época, Fennell, que se había unido al Opus Dei algunos años antes en su Irlanda natal, era profesor de inglés en Gaztelueta, donde llegó tras haber completado estudios universitarios en Dublín y Bonn<sup>7</sup>. Este colegio de Vizcaya, la primera iniciativa del Opus Dei en el campo de la enseñanza primaria y secundaria, se había puesto en funcionamiento en 1951, el curso anterior de la llegada de Fennell. Tal como evocan los cronistas de aquellos primeros años, los jóvenes profesores que pusieron en marcha el colegio vizcaíno, estaban particularmente comprometidos con la innovación pedagógica, inspirados particularmente por las experiencias de José Luis González-Simancas en Gran Bretaña<sup>8</sup>. Muy interesados por la educación de los países anglosajones, el director del colegio, Isidoro Rasines, estuvo visitando, en compañía de Fennell, distintos centros de enseñanza de los Estados Unidos durante dos meses del año 1954<sup>9</sup>. Sin embargo, tras esta experiencia en el mundo de la docencia y la pedagogía, Fennell decidió reorientar su carrera hacia el periodismo, de tal modo que regresó a Alemania, donde también puso fin a su vinculación con la Obra<sup>10</sup>.

Si traemos ahora a colación estas informaciones biográficas sobre los años mozos del ensayista irlandés es porque nos pueden ayudar a comprender mejor una de las principales preocupaciones intelectuales de Desmond Fennell: las cambiantes coordenadas que definen la relación del catolicismo con las distintas tradiciones culturales en las que esta religión tiene una presencia mayoritaria o muy significativa. Como acabamos de ver, Fennell, a la altura de 1955, había podido conocer de primera mano y en el intervalo de unos pocos años, la realidad del catolicismo de Alemania, España y Estados Unidos, además por supuesto de la de su país de origen. Durante el resto de su vida Fennell seguiría siendo un empedernido viajero, de tal modo que podría aumentar todavía más sus perspectivas al respecto. En los años trepidantes del Concilio, estuvo trabajando para *Herder Correspondence*, la edición en lengua inglesa de la prestigiosa revista alemana de información religiosa *Herder Korrespondenz*<sup>11</sup>. Sus reflexiones acerca de los distintos catolicismos seguirían hasta el día de hoy, pero las perspectivas de análisis –de este y de cualquier otro autor– tras los decisivos cambios del Vaticano II exceden ya completamente el marco interpretativo que a nosotros nos interesa en este momento. Qué duda cabe de que cualquier interrogante acerca de los catolicismos continentales, oceánicos, latinos, célticos, hispanos, anglosajones, etcétera, que podamos hacernos tras la revolución conciliar ya presenta una naturaleza enteramente distinta. Dejamos por lo tanto completamente de lado todo lo que Fennell pensase y escribiese con posterioridad a este momento de 1955. Del mismo modo, tampoco nos vamos a interesar ahora por el resto de su biografía intelectual, y no ciertamente porque no sea en sí misma sumamente interesante; Fennell sin duda es un autor que, más allá de las cuestiones que vamos a discutir aquí, merece la pena ser descubierto fuera de su hábitat natural irlandés, no solo por sus interesantes reflexiones sobre la propia cultura irlandesa, sino también por sus interpretaciones acerca de lo que él ha denominado la civilización post-occidental<sup>12</sup>. Pero, como se ha dicho, queden esas tareas para otros colegas o, por lo menos, para otro momento.

### Catolicismo continental, catolicismo oceánico<sup>13</sup>

Cuando Fennell no había salido todavía de Irlanda, le llamaba la atención cómo «Los turistas y peregrinos hablaban a menudo a su vuelta de la “extraña forma de catolicismo” que habían visto durante sus viajes por el continente y cómo decían que “aquella gente” no eran “realmente católicos

<sup>7</sup> Fennell, D., 2017, *About Being Normal: My Life in Abnormal Circumstances*, Bantry: Sommerville Press, pp. 8 y 15.

<sup>8</sup> Pomar, R., 1997, *Gaztelueta. Un estilo educativo*, Las Arenas: Fundación Gaztelueta, pp. 52-54; e íd., 2010, «San Josemaría y la promoción del Colegio Gaztelueta», *Studia et Documenta*, 4, p. 121.

<sup>9</sup> Pomar, R., 1997, *op.cit.*, pp. 61-62; y Rasines, I., 2003, «Gaztelueta, ciudad abierta», en *Cincuenta años Gaztelueta*, Lejona: Colegio Gaztelueta, pp. 19-22. El dato de que fueron dos meses, concretamente en verano, lo aporta Fennell, D., 1955, «Continental and Oceanic Catholicism», *America*, 26 de marzo.

<sup>10</sup> Fennell, D., 2017, *op.cit.*, pp. 15 y 32.

<sup>11</sup> Concretamente, entre 1964 y 1968 (Fennell, D., 2017, *op.cit.*, pp. 57 y 73). Una buena porción de estas colaboraciones se reunieron en Fennell, D., 1968, *The Changing Face of Catholic Ireland*, Londres: Geoffrey Chapman.

<sup>12</sup> La puerta de entrada a su obra son el volumen de estudios sobre Fennell recogidos en Quinn, T. (ed.), 2001, *op.cit.* y Fennell, D., 2017, *op.cit.*, un libro a medio camino entre la autobiografía y la recopilación de sus artículos más destacados.

<sup>13</sup> En adelante, todas las citas atribuidas a Fennell provienen de Fennell, D., 1955, *op.cit.*

en absoluto”». Aunque al joven Desmond este tipo de comentarios le parecían más bien «mero reflejo de un prejuicio insular irlandés», lo cierto es que, tras las experiencias viajeras que antes detallábamos, tuvo que admitir que esas percepciones poco refinadas se correspondían en realidad con fenómenos históricos y culturales de más largo alcance. Por supuesto, la religión era la misma en todas partes y los aspectos sustanciales eran iguales en unos lugares o en otros. Del mismo modo, aquellos supuestos catolicismos «continentales» presentaban diferencias tan notables entre sí como las que podían observarse respecto del practicado en Irlanda. De todas formas, admitidas estas precauciones, Fennell acuñó la expresión de catolicismo oceánico para referirse a la peculiar concreción histórica del catolicismo en los países de habla inglesa. Seguramente, el viaje a Estados Unidos y, tal vez todavía más, el regreso a continuación a la España franquista contribuyeron a estimular sus reflexiones en este sentido. Fennell intuía que aquella atmósfera del catolicismo estadounidense, que le había resultado tan familiar, debía tener raíces más profundas y causalidades más sólidas que la obvia constatación de que la lengua era la misma o de que muchos de aquellos católicos norteamericanos eran de ascendencia irlandesa. «Mucho de esta diferenciación estaba hecha de un ambiente general, un vocabulario, unos modos de vida y unas consideraciones implícitas difíciles de definir claramente». Las respuestas había que buscarlas, cómo no, en la historia.

Ya habíamos señalado un poco más arriba que la experiencia de los católicos estadounidenses con las libertades modernas era muy distinta de la sufrida por los católicos en países como España, Italia, Francia o las repúblicas latinoamericanas. «Durante los últimos 170 años, el catolicismo continental ha tenido que lidiar con movimientos políticos liberales, socialistas y anarquistas abiertamente anticristianos, con un anticlericalismo político organizado y con el comunismo ateo como fenómeno de masas». Todas o prácticamente todas las personas que tomaban parte de estas realidades antagonistas del catolicismo habían sido bautizadas en la Iglesia y la mayoría de ellas habían recibido una educación católica. No odiaban a la religión, así en general, odiaban a “su” religión. Por el contrario, sin embargo, «Este tipo de movimientos nunca han sido importantes en los países de habla inglesa». Los catolicismos continentales, por su parte, se habían asociado sistemáticamente durante el siglo XIX a la política más reaccionaria. Era cierto que «Últimamente los movimientos democristianos han transgredido esta tradición, pero no la han roto completamente». En los países “oceánicos”, sin embargo, «el catolicismo no ha sido *obligado* [en cursiva en el original] a aceptar los movimientos democráticos y sociales; ha crecido con ellos y dentro de ellos. Los católicos han jugado un papel prominente en su dirección y desarrollo. Allí la Iglesia nunca perdió a las clases trabajadoras».

Hasta aquí, Fennell simplemente estaba constatando una realidad bien conocida por todos, reiterando un relato familiar. Su interpretación sobre las causas presentaba sin embargo algo más de originalidad. Como ya hemos visto en estas mismas páginas, la perspectiva más habitual sobre la singularidad del catolicismo estadounidense se formula de la siguiente manera: el catolicismo se adaptó exitosa y pacíficamente a la democracia y a la libertad gracias a un sistema político de libertad y separación no hostil a la religión. Fennell, en cambio, quería subrayar el protagonismo de los irlandeses en todo este proceso. En muy pocas palabras, para Fennell fue justamente el carácter del catolicismo irlandés el que forjó una cultura político-religiosa sustancialmente distinta del problemático catolicismo «continental», en permanente y agrio conflicto con la modernidad. Al situar el peso de la explicación en lo irlandés, podía extender también esta interpretación a la comprensión de la realidad del catolicismo en la propia Irlanda, en Gran Bretaña, en Australia y en algunos otros lugares del Imperio británico en los que el componente irlandés tuvo también un peso decisivo. Para Fennell, el catolicismo en todos esos países de habla inglesa compartía unos rasgos comunes. Implícitamente, por lo tanto, la específica experiencia constitucional norteamericana, a pesar de ser ella misma coherente con el conjunto de la tradición político-jurídica anglosajona, no podía explicar completamente la realidad de los catolicismos en esos otros países angloparlantes.

¿En qué consistía, por lo tanto, esta especificidad del catolicismo irlandés? De acuerdo con la interpretación que hace Fennell de la historia irlandesa, también el catolicismo de Irlanda había formado inicialmente parte del «continente»: «Desde la Reforma hasta bien entrado el siglo XVIII, Irlanda perteneció política y religiosamente al sistema europeo continental». De entrada, esta afirmación no puede más que suscitar una cierta sorpresa, puesto que evidentemente el catolicismo irlandés

no era una religión de poder, sino todo lo contrario. Los irlandeses llevaban resistiendo las distintas formas de dominación inglesa desde tiempos medievales. Pero cuando se produjo el cisma anglicano, los irlandeses además se mantuvieron en su inmensa mayoría fieles a Roma, de tal modo que, desde entonces, el antagonismo anglo-irlandés se tiñó de guerra religiosa. La configuración del catolicismo en Irlanda por lo tanto no podía ser otro que el de una Iglesia perseguida. Fennell, no obstante, interpreta esa “continentalidad” del catolicismo irlandés en otros términos: Irlanda «estaba aliada tradicionalmente con las así llamadas potencias católicas. Sus guerras fueron parte integrante de las guerras europeas. Durante la Contrarreforma, se le enviaron misioneros clandestinos para salvarla de caer en la herejía. Los sacerdotes irlandeses fueron habitualmente educados en Bélgica, Francia, España y Roma. Las brigadas irlandesas al servicio de las potencias continentales se distinguieron en todas las grandes guerras del siglo XVIII. Aristócratas y plebeyos en el exilio alcanzaron altos puestos en las cortes europeas y en los ejércitos y armadas de muchos países». En consecuencia, «Los irlandeses eran, por supuesto, rotundamente monárquicos, y sus poetas campesinos cantaban en gaélico a los reyes y príncipes que vendrían a liberarlos. Se adhirieron a la línea Estuardo, aunque el Príncipe Salvador fue una persona diferente para cada generación. Él vendría con sus tropas y cortesanos en los galeones de Francia o España». Sin embargo, medio siglo después, a la altura de 1847, cuando se produjo la gran hambruna de la patata y la emigración irlandesa adoptó una escala de verdadero éxodo, el catolicismo en Irlanda había experimentado transformaciones muy profundas, de tal modo que «aunque seguía siendo rotundamente romano, había dejado de ser continental». ¿Qué es lo que había ocurrido?

Fennell aventura varios factores interpretativos. Durante más de dos siglos, a pesar de las dificultades puestas por el gobierno protestante, los candidatos irlandeses al sacerdocio se habían estado formando en colegios y seminarios extranjeros. Sin embargo, la situación creada en Francia después de 1789 puso fin a la existencia de muchos de estos establecimientos. Si bien el Gobierno británico había ido relajando cada vez más la presión sobre los católicos, ahora desde luego no estaba dispuesto a que se mantuviese el trasiego de seminaristas irlandeses por la Francia revolucionaria o por otras partes de Europa ya en su poder o en claro riesgo de estarlo en breve. Y en esto coincidían con los mismos obispos católicos de Irlanda. De este modo, el mismo Gobierno de Su Majestad erigió y financió generosamente un *college* en Maynooth, una localidad cercana a Dublín. La revolución pasó, pero Maynooth se quedó y desde entonces constituye la gran referencia académica del catolicismo irlandés. El clero de la isla, por lo tanto, quedaría al margen en gran medida del ambiente antiliberal y políticamente reaccionario que con tanta vehemencia arraigó en la cultura católica del continente: «Si los curas irlandeses hubieran continuado educándose en el continente, podrían haber[se] (...) convertido en enemigos de las nuevas ideas democráticas».

La emancipación cultural del clero católico respecto del continente tuvo, por lo tanto, una gran relevancia. De todos modos, sin embargo, Fennell concede todavía más importancia a la movilización política de los años veinte a cuarenta, liderada por Daniel O’Connell, en torno a la emancipación de los católicos primero y, más adelante, con la campaña para revocar el acta de unión de 1801, por la que el reino de Irlanda había dejado de existir para dar paso al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Sin embargo, los contenidos de las reivindicaciones en sí resultaron, a juicio de Fennell, «incidentales». Lo verdaderamente importante para él fueron «el despertar y la organización de las apáticas masas rurales.» Las masas abandonaron su monarquismo sentimental, siempre «a la espera de un Príncipe Salvador» y se convirtieron en «el pueblo organizado, confiado de su poder». Haciendo uso de las metáforas de las edades del individuo humano, Fennell afirmaba que «En su nacimiento político, el pueblo católico irlandés estaba naciendo a la democracia liberal y la aceptó desde entonces en adelante como su entorno natural», o que «Las masas del pueblo irlandés estaban adquiriendo su aprendizaje [político] fundamental en el parlamentarismo británico». En un sentido igualmente modernizador, Fennell llamaba también la atención sobre la intensificación de la anglicización lingüística durante estos mismos años, lo que en su opinión contribuyó a acelerar la integración de los emigrantes irlandeses en los países angloparlantes a los que se desplazaron.

Establecido este marco mental, la masiva emigración que se produjo a resultas de la hambruna de la patata, llevó consigo una cultura política y religiosa destinada a desempeñar un papel decisivo en la construcción de las identidades católicas en las nuevas Europas ultramarinas. Subraya Fennell

que la inmigración irlandesa no solo «proporcionó los números que hicieron del catolicismo por primera vez un factor de gran importancia en la vida de Estados Unidos», sino que «hicieron algo mucho más importante. Establecieron los precedentes para todos los futuros inmigrantes católicos. Dieron a la Iglesia en América gran parte de su mentalidad y atmósfera. (...) Sobre todo, tanto los sacerdotes como el pueblo aceptaron sin inhibiciones la gran aventura americana con todas sus implicaciones. Eran demócratas, y la democracia estadounidense, con sus métodos e ideales, no tenía secretos para ellos, excepto que aquí estos ideales podían realizarse en la práctica». Al mismo tiempo que los inmigrantes irlandeses contribuían de esta forma decisiva a la construcción de la democracia americana, en su isla de origen «la democracia liberal católica se unió a la tradición republicana protestante y formó la base sobre la que se estableció el Estado Libre Irlandés en 1921». De este modo, a un lado y al otro del océano, emergió «un catolicismo que aceptaba y creía en la coexistencia con otras creencias, que aceptaba sin recelos una separación de Iglesia y Estado de talante prorrreligioso, que respaldaba un gobierno del pueblo y para el pueblo por medio de instituciones democráticas».

### Catolicismo, libertad e historia

Las reflexiones del joven Fennell resultan particularmente reveladoras porque, lejos de constituir una especie de interesante pero aislada digresión, quedaban plenamente insertas en la compleja y poliédrica discusión acerca de la relación entre religión católica y cultura contemporánea. El medio que le dio voz, la revista *America*, estaba desempeñando un papel protagonista en esa discusión tan vivamente presente en el catolicismo estadounidense. Desde su fundación en 1909, este semanario neoyorkino, «buque insignia» de los jesuitas estadounidenses<sup>14</sup>, había adquirido una importancia fundamental, un auténtico «estatus icónico» dentro de la cultura católica de los Estados Unidos<sup>15</sup>. Su visión editorial —distinta de las mucho más populares y difundidas publicaciones de contenido más específicamente religioso o de interés devocional, pero similar en cambio a la de otras cabeceras como *Commonweal*, *Catholic World*, *Thought* o *Social Order*— era la de ser una revista de opinión o, dicho de otro modo, un instrumento para la formación de criterio católico sobre la «entera complejidad de la cultura contemporánea»<sup>16</sup>. El artículo de Fennell constituía, de este modo, un renglón más de la magna conversación americana sobre Dios y el César que tan decisivamente contribuiría posteriormente a las enseñanzas conciliares sobre la legítima autonomía de lo temporal.

Más allá de lo acertado o no, de lo más o menos matizables que resulten sus categorías de «catolicismo continental» y «catolicismo oceánico», el interés de la propuesta de Fennell reside en que abordaba la compleja relación entre el catolicismo y los valores de la democracia liberal poniendo el foco sobre la contingencia de lo histórico. La historia, de este modo, podía y puede prestar un valioso servicio a los esfuerzos de la teología, de la filosofía, del derecho o de la ciencia política. La religión reviste siempre una dimensión pública, involucra de un modo u otro la configuración de la comunidad política. La realidad de esa relación se desenvuelve de acuerdo con una gran multiplicidad de condicionantes de todo tipo. De este modo, la formulación del Estado confesional en las sociedades latinas de la contemporaneidad no fue el resultado de un apriorismo inexorable de la propia religión católica, sino la consecuencia de un devenir histórico. Pero ocurre lo mismo con la conformación del universo de valores relacionados con la tolerancia, la pluralidad y la libertad que puede observarse en diversas sociedades anglosajonas, en las que la Iglesia católica pudo prosperar y florecer, sin los privilegios de la confesionalidad pero también sin la violenta hostilidad de una parte muy importante del cuerpo social. Fennell advierte sin embargo que «Nada de esto fue gracias a algún particular mérito de los irlandeses; fue su buena fortuna histórica». Y lo mismo podríamos decir respecto de Estados Unidos o de las otras sociedades anglosajonas en las que se consolidó la

<sup>14</sup> Schroth, R. A., 2007, *The American Jesuits: A History*, Nueva York: New York University Press, p. 115.

<sup>15</sup> Lombardo, M. F., 2017, *Founding Father: John J. Wynne and the Inculturation of American Catholicism in the Progressive Era*, Leiden: Brill, p. 5. El liderazgo de *America* en la cultura católica estadounidense durante el siglo XX y hasta nuestros días es percibido como algo evidente en las páginas de cualquier análisis, ya académico, ya periodístico o de otra índole, de la realidad católica de aquel país.

<sup>16</sup> *America*, 1955, «Special problems of the Catholic press», 5 de febrero, y Davis, T. N., 1959, «What is “America”?», *America*, 11 de abril.

cultura católica «oceánica». No hay nada por lo tanto intrínsecamente mejor o peor en las sociedades que concluyeron en uno u otro escenario ni en las partes de la Iglesia que peregrinaban aquí o allá. Sencillamente, la historia, con su laberíntica complejidad, fue trazando los surcos de la realidad. Sin embargo, una vez conformados los distintos modelos, el catolicismo estadounidense fue comprendiendo cada vez con mayor claridad y convencimiento que lo esencial de la fórmula americana podía y debía de algún modo proponerse como un principio de carácter universal para la humanidad del siglo XX. Esta convicción, en convergencia y armonía con otras poderosas corrientes del pensamiento teológico y filosófico del orbe católico, hizo posible a la postre la solemne declaración del Concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa.